



Godofredo Daireaux

# La libreta

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**Godofredo Daireaux**

## **La libreta**

La pulpería de don Juan Antonio Martínez, poéticamente denominada por su dueño: «La Nueva Esperanza», quizá en homenaje a anteriores descalabros, era la más acreditada de todas las casas de negocio brotadas o por brotar, a veinte leguas al rededor.

Muchos eran los bolicheros, y bastantes también los comerciantes de regular capital, que se habían gastado las uñas en la infecunda tarea de hacerle competencia. Don Juan Antonio, regordetón y risueño, hijo de las costas cantábricas, se reía de esos inútiles esfuerzos, conteniendo con admirable diplomacia a los clientes buenos que hubieran podido tener veleidades de saldar definitivamente sus cuentas, y dejando irse, sin un gesto, a los clientes dudosos a quienes *La Verde* de Espinosa, o *La Blanca* de Lissagaray, o *La Colorada* de Fulanez ofrecían libreta...

¡Tener libreta!, es decir, cuenta abierta en la casa de negocio; poder, sin dar un peso en efectivo, y durante todo el año, de esquila a esquila, sacar de la casa todo lo necesario a la manutención de la familia y a la administración del rebaño: comestibles y maderas, vicios, ropa, calzado, remedios, muebles y utensilios, y el antisárnico para curar las ovejas, y las tijeras para esquilarlas, o las herramientas para mover la tierra, y los aperos y monturas, todo en fin; y hasta, de cuando en cuando, poder girar contra la casa un valecito por algunos pesos: sueldo de algún peón conchabado en un momento de apuro, o platita destinada a satisfacer algún capricho de la patrona, loca por comprar al mercachifle, al napolitano o turco ambulante, despreciado y temido competidor de la casa establecida, algún cachivache de lata niquelada, o cinco metros de algún género estrambótico.

¡Si lo viniera a saber don Juan Antonio!...

-¡Vaya!, venirle a pedir plata prestada para gastarla con mercachifles: capaz de cerrar la libreta y de dejarlos plantados, y, entonces ¿con qué hacemos la esquila? Pues, en tiempo de esquila, la pulpería es banco, y adelanta dinero para todos los gastos.

¡No tengan ese cuidado! Don Juan Antonio Martínez, puede ser que se haga el enojado; pero no es tan tonto como para cerrar una libreta segura, en medio del año, cuando ya le deben mucho, y que se viene acercando la esquila; pues sería lindo que, por una nimiedad, permitiese que viniera otro a quedarse con el cliente, teniendo él, después, que correr detrás de su plata. No; él sabe que hay que dejarle sogas al redomón, para que no corte, y que, si el nudo es bueno, la huasca fuerte, y el poste seguro, no hay peligro.

Y el palenque de don Juan Antonio es seguro, pues es el de la necesidad. La sogá es la libreta.

\*\*\*

En el patio interior de la pulpería, se ha parado un carrito; lo maneja el hijo mayor de misia Tomasa, buen muchacho, trabajador, que recién ha dejado sus estudios en la escuela del pueblito; ha aprendido a leer, y ya puede escribir, -orgullo de sus padres-, unas cartas que, por lo claro, parecen una conversación por gestos. Algo se ha olvidado del lazo, pero pronto lo volverá a conocer.

Don Juan Antonio se precipita; a gritos, llama a los dependientes; pide un banco, un cajón, para que se bajen del carrito misia Tomasa, una señora muy gorda, y dos de sus hijas: Ceferina, en toda la flor de sus diez y siete años, cuyos morenos encantos no sufren de la ausencia de corsé, siéndoles, sí, fatales, el corte tosco del vestido de percal muy relavado, las medias mal estiradas en los botines a la crimea, enormes y sin lustrar, y el pañuelo de algodón floreado que le tapa toda la cabeza, y deja apenas pasar el relampagueo de sus ojos; y Concepción, una niña de trece años, pintona, como dicen entre dientes, allá en un rincón, dos viejos gauchos mirones.

Trabajoso, el desembarco de doña Tomasa, mientras los perros que han venido con ella, empuñan con los de la pulpería una conversación a rezongos y ladridos roncós, precursores de cercanas luchas.

Don Juan Antonio, con amable sonrisa, remite a misia. Tomasa una libreta nueva, que lleva, para no desperdiciar nada, su propio precio en el primer renglón, y al haber, una bonita cantidad de pesos: sobrante del importe de la lana que compró él y ya realizó.

Y empieza el delicado trabajo de volver a atar nuevamente la sogá al bozal, sin hacer corcovear al cliente.

- «¿A cómo me vende el azúcar?, pregunta, antes de todo, doña Tomasa, instalada en una silla, cerca del mostrador.

-Se la pondremos a 0.45 el kilo, este año, señora. Hacemos este nuevo sacrificio para nuestros clientes».

Y aunque parezca mentira, es un sacrificio; pero, en trampa sin cebo, no se caza pajarito.

Y después de conquistada así la buena voluntad de doña Tomasa, le hace bajar los artículos que pide, y otros que no necesita; le llena los ojos con el relumbrón de las piezas de percal y de los fulares de seda, la abomba con incesante palabreo, y le hace rebajas, y galante, le regala un abanico japonés de diez centavos, y otro a Ceferina, y a Concepción un paquetito de caramelos, y apunta, apunta, apunta.

Ahora, cada dos o tres días, vendrá el muchacho, con las maletas, a buscar las mil cosas que, para comer y vestirse, necesita la familia.

El marido de doña Tomasa no dejará de venir, él también, de vez en cuando, a jugar un partido y convidar a los amigos; y en la duda de cuántas copas son, siempre se apuntan algunas más, y la libreta se va llenando de garabatos, de manchas grasientas, y de sumas cada vez más abultadas; hasta que al mismo pulpero le entre el susto, por poco que pinte mal el año; pues el cliente, él, no se asusta por tan poca cosa.

Cada mes, el carro de la pulpería pasa por el rancho, a alzar los cueros o la cerda, y también se apuntan en la libreta; pero don Juan Antonio apunta entonces lo menos posible, ya que es al haber; y como el muchacho, aunque diga, no revisa nada, los cueros resultan todos de epidemia o pelados.

La libreta se ha hinchado. Los pulperos competidores ofrecen al esposo de doña Tomasa precios altos por la lana; y don Juan Antonio, para no perder un cliente que, al fin, no está todavía fundido del todo, paga por la lana cualquier precio.

Queda, así mismo, en la libreta, una cola que sólo se podrá liquidar con la venta hipotética de novillos o capones que, quizás, engorden; hasta que, poco a poco, la libreta se vaya comiendo, después de lo gordo, los animales al corte; después del rédito, el capital, y que llegue el momento oportuno del ahorcamiento final; pues, siempre se debe degollar con tiempo la oveja moribunda, para que siquiera el cuero salga un poco mejor.

Y, cuando el cliente arruinado, humilde, vendrá a decirle a don Juan Antonio:

«¿Podremos seguir con la libretita, patrón?»

-Amigo, vea, contestará don Juan Antonio Martínez. ¿Por qué no lo ve a Fulanez?»

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



**editorial del cardo**